

Patricia Arias y Jorge Durand. *La enferma eterna. Mujer y exvoto en México, siglos XIX y XX*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 2002; 250 pp.

El exvoto es un pequeño retablo popular compuesto de figura y texto, por medio del cual un creyente da testimonio de un milagro debido a la intercesión de una imagen religiosa; generalmente, anterior a este testimonio, se encuentra una promesa dada en un momento de apuración (enfermedad, accidente, dificultades económicas o familiares, etc.); cuando la virgen, el santo o el cristo aludido concede el favor solicitado, el devoto adquiere el compromiso de acudir al santuario donde reside la imagen milagrosa y dejar constancia, con el exvoto, del favor que recibió. Todo un sistema en el que se involucran favor, compromiso y testimonio, y en el cual el exvoto se puede entender como “el agradecimiento por un favor recibido, concebido como milagro, por el que hay que hacer un reconocimiento público y perdurable”, según el decir de los autores.

Debemos añadir que el cuadro, pintado generalmente sobre hoja de lámina, se compone de una figura plástica que ilustra por lo general el momento difícil en que la intercesión divina fue solicitada por el donante y, además, un texto en el que se expresa, comúnmente con lujo de detalle, el motivo del agradecimiento. Como ejemplo, puede citarse uno incluido en el libro que nos ocupa, cuya figura muestra en el extremo izquierdo una imagen de la Virgen de San Juan de los Lagos; al pie de ella, una familia entera reza, dos mujeres y tres varones (ellos, sin sombrero, en señal de reverencia); a la derecha, a espaldas de ellos, un hombre sale en llamas de una construcción que se incendia. En un recuadro que ocupa la parte inferior de la pintura, puede leerse:

El día 16 de julio de 1913 estando trabagando en Sn.Francisco de R-con en un taller de coeteria el Sr. Estevan Gutierres ce encendia toda la obra y ce quemaron todos y viendoce en tan triste momentos y no tenien esperansas de su salud la Sra. Domitila Rocha y Magdalena y Mucio Bernaldino, lo encomendaron Ntra. S-ra. de San Juan de Lagos. Y aviéndole concedido su salud damos las mas infinitas gracias (194-195, núm. 18, *Retablo de Domitila Rosas*).

Esta forma de dirigirse a las imágenes objeto de la devoción popular constituye toda una tradición, que si bien ahonda sus raíces en nuestro país hasta prácticamente los primeros años de la Colonia, es a partir del siglo XIX cuando cobra gran popularidad y adopta las características que en muchos casos mantiene hasta la actualidad. Esto se puede explicar, fundamentalmente, porque la elaboración de los exvotos se debió durante muchos años a la mano de artistas especializados en el género, quienes, a grandes rasgos, mantuvieron para su trabajo una serie de preceptos. Algunos, sin embargo, mostraron un estilo personal reconocible, a la vez que fueron incorporando en su labor diversos elementos plásticos acordes con los tiempos cambiantes. En *La enferma eterna*, Jorge Durand y Patricia Arias mencionan, por ejemplo, a dos pintores que se especializaron en la elaboración de exvotos: Hermenegildo Bustos y Jerónimo de León, activos ambos entre la segunda mitad del siglo XIX y los primeros años del XX, en los estados de Guanajuato y Jalisco, respectivamente.

Los autores del libro que nos ocupa aluden al interés que el exvoto despertaría entre diversos artistas plásticos mexicanos, sobre todo en la primera mitad del siglo XX, más allá de su función religiosa, por su característico estilo plástico naif, que llevaría a muchos de ellos no sólo a ser coleccionistas de cuadros del género sino, asimismo, a incorporar rasgos de dicho estilo a su trabajo pictórico: “Puede decirse que entre 1920 y 1990 fueron pintores y personajes vinculados al mundo del arte los principales descubridores y estudiosos de esta forma de expresión popular, lo que privilegió sin duda la mirada hacia el sentido plástico y los valores estéticos y expresivos del exvoto” (12).

Arias y Durand no dejan de lado esta dimensión plástica del exvoto, y presentan en la segunda parte del libro una colección de cuarenta obras del género, reproducidas a color, la cual ilustra con amplitud su entorno figurativo en un lapso de siglo y medio. Acotados al universo femenino, los referidos ejemplos muestran la evolución de esta tradición, desde el trabajo decimonónico y de principios del siglo XX, más detallado y compuesto con parámetros casi académicos, pasando por el retablo popular del siglo pasado, tan conocido por su primitivismo, y hasta ejemplos muy recientes del género, debidos ya no a la paleta de un pintor popular, sino a la impresión de una computadora.

El enfoque fundamental del estudio se encuentra en los aspectos sociales que históricamente han alentado la ofrenda de exvotos, principalmente en el centro del país, como un compromiso, en la mayoría de los casos contraído por mujeres. De igual manera, los autores dan cuenta de los temas principales de los cuadros del género, que han cambiado en el tiempo, según nos lo hacen ver, y según lo documentan en relación con los acontecimientos históricos que han alentado el cambio de los intereses de las mujeres en sus solicitudes a las imágenes santas.

El *corpus* de su estudio proviene de once santuarios religiosos del centro y el occidente del país, dado que “el mundo del exvoto se ubica sobre todo en los estados de Guanajuato, Jalisco, Querétaro, Michoacán, San Luis Potosí y Zacatecas” (23). Las imágenes a las que están consagradas los cuadros estudiados provienen prácticamente de esta área; cuatro de ellas son advocaciones de la Virgen María, la de Guadalupe (D.F.), San Juan de Los Lagos, Talpa y Zapopan (en Jalisco); seis corresponden a imágenes cristológicas: los Señores de Chalma (estado de México), Villaseca, La Conquista (estos, de Cata y San Felipe Torres Mochas, Guanajuato), La Misericordia y Los Rayos (de Tepatitlán y Temastlán, Jalisco), y el Santo Niño de Atocha (Fresnillo, Zacatecas); el otro es san Miguelito (San Felipe, Guanajuato). Se trata de imágenes tanto de culto local, como regional o nacional, cuya devoción proviene en algunos casos de la época colonial y en otros, del siglo XIX, de manera que la muestra abarca un amplio estrato de esta tradición mestiza y mayormente rural.

La perspectiva de género está justificada por los autores: “el exvoto parece ser uno de los ámbitos más constantes, pero al mismo tiempo más inexplorados, de la presencia de la mujer rural durante los siglos XIX y XX” (43). Esto se debería no sólo a la devoción femenina por ciertas imágenes, sino igualmente a que, como forma textual, el exvoto permitiría a las mujeres expresarse, en un ámbito reducido y surcado de silencios, si se quiere, pero que a fin de cuentas puede constituir, en su conjunto cambiante en tiempo y espacio, un discurso, una forma de “historia codificada, es decir, donde hay que asumir que hay asuntos de los que las mujeres han podido hablar y otros de los que no” (44).

Conscientes de que las posibilidades expresivas de las mujeres del campo se encuentran delimitadas, aun en los exvotos, por los princi-

pios de la autoridad masculina (encarnada en el clero, los parientes y los pintores), los autores abordan en su trabajo la posibilidad de estudiar el género votivo como un espacio para la manifestación femenina en tiempos en que los testimonios y documentos escasean. Así, aportan una visión original y enriquecedora respecto de la tradición popular objeto de su estudio, al repasar el universo temático de las solicitudes que las mujeres hacían a las imágenes de su devoción, el mismo que hasta entrado el siglo XX estuvo reducido a dos temas: las enfermedades y los accidentes, lo que los autores explican por condiciones sociales como las altas tasas de morbilidad y mortalidad que había entre la población del país, así como por la situación de vulnerabilidad que la ciencia médica atribuyó a la mujer, ligada a su función reproductiva. De igual manera, Durand y Arias ponen énfasis en el confinamiento que las mujeres vivieron en sus casas a lo largo de muchos años, alentado por la institución eclesiástica, en la figura maternal y abnegada de la Virgen María, modelo de la conducta femenina a lo largo del siglo XIX, lo que las llevaba a asumir una actitud pasiva respecto de lo que sucedía fuera del ámbito casero.

Tolerado y aparentemente fomentado por la Iglesia, el exvoto “fue durante el siglo XIX un instrumento [...] para apoyar la difusión y el mantenimiento de la fe, amenazada por la secularización de la sociedad. La mujer parece haber sido uno de los actores privilegiados por esa estrategia de recuperación” (49-50). En este contexto, el exvoto resulta, pues, un medio de expresión en el que la mujer habla no sólo de sus necesidades y aspiraciones —centradas en el núcleo familiar— sino, asimismo, desde su confinamiento hogareño, bastión en el que los valores familiares cristianos se encontraban a salvo en un siglo en el que las ideas de la Ilustración definitivamente representaban un peligro para la autoridad eclesiástica; así, el exvoto decimonónico mostrará a una mujer “santa, tantas veces llamada ‘ángel’, casera y piadosa, vehemente e inalterablemente preocupada por el dolor y las desgracias [...], con una actitud de confianza absoluta en la benevolencia divina” (63). Los autores establecen que esta forma de expresión, visible para todos los fieles en los santuarios donde las mujeres depositaban sus exvotos, no sólo hacía patente la ideología fomentada por la Iglesia, sino que a la vez la fomentaba en otras mujeres, potenciales lectoras de los cuadros.

Por otro lado, llaman la atención sobre el paulatino avance de temas como la violencia social y las tensiones en las relaciones familiares durante el propio siglo XIX, lo cual no sería extraño en tiempos convulsionados por las pugnas internas, la invasión extranjera y la creciente turbulencia social, hasta la revolución de 1910, que “con su secuela inevitable de hambre y crisis puso de relieve la posibilidad femenina del ejercicio de otros roles, como el de prostituta o amante de algún poderoso” (65).

Los temas fundamentales presentes en los exvotos son expuestos pormenorizadamente por los autores en sendos capítulos: “La enferma eterna” se refiere a las apuraciones en las que las mujeres se encomendaban, cuando ellas o sus allegados se encontraban pasando por problemas de salud, ligados o no a la maternidad. Como nos lo hacen ver, en muchos de estos las mujeres “han aceptado ser protagonistas dispuestas incluso a explayarse en la descripción minuciosa, en ocasiones dramática, de síntomas y curaciones” (72). Asimismo, señalan los autores que cuando las mujeres piden por otros, lo hacen, en primer lugar, por sus hijos y, en menor medida, por su cónyuge, y aun por otros familiares, como hermanos y cuñados.

En “El peligro en la calle” se exponen los tipos de accidentes que aparecen en los exvotos. Hay entre estos un género particular que ha sido el más apreciado desde el punto de vista plástico: el llamado “retablo de acción”, en el cual “se observa la representación del incidente que dio origen al milagro que se agradece” (87). La clasificación fundamental de los cuadros de accidentes se centra en tres grandes categorías: los cotidianos, los de transporte y los de trabajo. En este capítulo, los autores hacen un recuento de los accidentes que a lo largo del tiempo ha padecido la gente del campo en México, desde las caídas y los percances con animales, que eran los más comunes en el pasado, pasando por los accidentes de transporte, atropellamientos y accidentes de trabajo, acaecidos ya muchos de ellos durante el siglo XX en las urbes de nuestro país y al otro lado de la frontera. En estos exvotos, la preocupación de las mujeres se centra sobre todo en sus cónyuges y en sus hijos varones; en muchos casos, serán los propios hombres quienes se encomienden a las figuras religiosas y quienes dediquen los cuadros por el milagro obrado en su bien.

El capítulo “La angustia en la casa” se refiere a los exvotos que “guardan la memoria y documentan la angustia respecto a problemas y tensiones que se suscitan dentro de la casa pero que no tienen que ver, en principio al menos, con la salud física de la mujer” (103). En este sentido, el ambiente de violencia intrafamiliar vivido en los hogares del campo a lo largo de muchos años, y prácticamente hasta la actualidad, ha marcado la orientación de muchas de estas apuraciones, puesto que se ha tolerado que los jefes de familia ejerzan de esta manera su autoridad sobre esposas e hijos, con un ambiente social de justificación que de algún modo demanda el silencio de las mujeres.

En el capítulo “El miedo a las carencias” se expone este tipo de promesas, ligadas, en muchos casos, a apuraciones motivadas por los animales, tanto los que formaban parte del patrimonio familiar, como los animales ponzoñosos, que abundan en el medio rural. A medida que la gente ha emigrado a las ciudades, han empezado a aparecer los exvotos relacionados con la falta o la consecución de vivienda, en un medio en el que esta constituye por lo general una carencia, sobre todo para la gente llegada del campo.

Finalmente, en “La nueva agenda votiva”, los autores se refieren a los temas que se han ido generando por las cambiantes preocupaciones de los creyentes, debidas, en muchos casos, a la migración, a los cambios en las condiciones familiares, y de los hombres y las mujeres en sus papeles y relaciones. Asimismo, como he señalado, los recursos empleados para la elaboración de los retablos han cambiado: paulatinamente, se han incorporado elementos como la fotografía, la máquina de escribir, la fotocopidora y la computadora, mismos que “a veces combinados en un mismo retablo, han permitido a los donantes prescindir del pintor para elaborar sus propias composiciones” (141). De esta manera, se ha dado un giro importante en el perfil estético de los exvotos; se puede imaginar que, poco a poco, este acceso a los recursos para su elaboración, irá terminando con el oficio secular de pintor de retablos.

El acercamiento novedoso que los autores abordan sobre el exvoto resulta enriquecedor en la medida que, como lo demuestran, la conformación de este género se encuentra íntimamente relacionada con las condiciones sociales que a lo largo del tiempo han afectado a la gente de campo. Por estar fuera del interés y la formación de los autores, ha que-

dato pendiente el estudio del componente discursivo del género, integrado, como he señalado, por figura y texto, lo que ha conformado un estilo plástico y literario que de algún modo debe haber tenido secuelas y transformaciones en función del cambiante itinerario temático que los autores documentan, y en el que sin embargo se reconoce un género secular, de innegable arraigo popular. Aun cuando tocan de paso este aspecto, dejan, sobre todo, una tarea pendiente, en la que los estudios literarios podrían ser enriquecedores.

RAÚL EDUARDO GONZÁLEZ
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Louis Cardaillac. *Santiago apóstol, el santo de los dos mundos*. Pról. José María Muriá. Zapopan, Jalisco: El Colegio de Jalisco, 2002; 371 pp.

Según cuenta la leyenda, hace muchos años, en el siglo IX, cerca de la capilla donde solía rezar, un ermitaño vio unas extrañas luces que iluminaban el cielo. Como el fenómeno se repitiera varias noches y él fuera incapaz de interpretarlo, acudió al obispo de Iria Flavia, Teodomiro, quien, después de tres días de ayuno y por inspiración divina, ordenó rastrear la zona. El resultado de la exploración sorprendió a la cristiandad: fue hallado un sarcófago de mármol que contenía los restos de Santiago el Mayor, uno de los apóstoles de Cristo (Cardaillac, 25).

Desde entonces hasta hoy, aquel lugar, llamado Santiago de Compostela, ha sido un centro de peregrinación importantísimo para la cristiandad. Lo mismo se puede decir de la devoción que ha recibido el apóstol, cuyos frutos se han manifestado en ámbitos múltiples e insospechados.

Al culto jacobeo y sus implicaciones culturales se dedica el importante libro que aquí reseñamos. Como lo indica su autor, dos objetivos persiguió al escribirlo: “ver al Santo como un lazo entre dos mundos” y “despertar la curiosidad del lector sobre los aspectos más esenciales del culto jacobeo, estudiándolos en un amplio periodo, a grosso modo, los diez siglos de la peregrinación” (17-18).

Para cumplir sus objetivos —y los cumple con creces— el autor ha dividido el libro en tres partes. En la primera, “El apóstol Santiago: de